

nacido para mí, dado para mí.

Dios quiere obrar al modo de un hombre,
para que el hombre aprenda a obrar al modo de Dios". {MS 152}

“Sirva a su buen Maestro con un corazón dilatado y lleno de alegría. El mejor medio es por un espíritu de fe, ver todos los acontecimientos en la mano de Nuestro Señor, y escucharle decir en cada ocasión, como otrora a sus discípulos: *Soy yo, no teman nada, confíen...* Durante su vida, tenía sin cesar en el corazón y en la boca esa palabra del Evangelio: Sí, Padre, sí, mi Padre. Así también usted tenga sin cesar en el corazón y a menudo en la boca esa misma palabra, tan llena de amor: Sí, mi Jesús, sí, mi buen Maestro... A todo digamos SI y estemos contentos. Dígalo también mucho en momentos de sequedad, de penas y miserias, sean las que sean y en la tentación. Conténtense con echar una mirada de confianza y de amor al Corazón de Jesús... {Carta}

Madre Iglesia, Esposa amada de Cristo:

Yo te pido perdón.

Con mi vida vulgar de cristiano
he dado un falso testimonio de tu santidad.

¡Cuántos al verme han pensado

que para ser como yo no valía la pena ser cristiano!

Perdóname porque muchas veces he hablado de caridad
cuando debía hacer justicia;

porque sólo he rezado cuando también debía haber luchado;

porque he buscado mi santidad

sin preocuparme de los demás.

Perdón, Madre, perdón:

He desfigurado tu grandeza con una pantomima de bondad.

Muchos me vieron triste, amargado,

algunos conocían mis odios y rencores,

otros sufrieron mis egoísmos y envidias...

y todos me oían decir que era cristiano.

De la sorpresa pasaron al desprecio de cristianismo:

—¡Dicen cosas bonitas, pero no las cumplen!

Y los mejores, los que hambreadaban verdad, justicia, caridad,

se alejaron quizás de Tí, madre Iglesia,

porque al verme pensaron:

“No vale la pena ser cristiano”.

Perdón. Madre amada. perdón.

Te pido perdón

YUNQUE

Realización del padre Daniel R Martín scj



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Jesus nos quiere encarnados en la realidad

Año IV 2000 ~ Nº 6

La conversión cristiana como madurez humana

La espiritualidad, inútil recordarlo, tiene estrechas relaciones con la psicología. El camino cristiano, la conversión, es también el camino de la maduración psicológica; la experiencia de la fe, la esperanza y la caridad cristiana, y la actividad progresiva del Espíritu contribuyen también a la maduración de las facultades humanas, sin sustituir la autonomía de la psicología. En la medida en que la gracia del amor de Dios impregna las facultades del espíritu, el organismo psicológico se humaniza.

La espiritualidad de suyo no resuelve los problemas psicológicos ni sus desequilibrios (no todos los santos tenían una psicología sana), pero en la medida en que integra la psicología en el amor y la arranca del egoísmo, nos ayuda a vivir en paz con nosotros mismos y aún a hacer de los conflictos y limitaciones psicológicas un camino de crecimiento.

Pues nuestro crecimiento humano, y por lo mismo cristiano, se va realizando en torno al crecimiento en el amor. En esta perspectiva, el cristianismo es reordenar nuestros valores humanos en torno al amor. El amor es el eje de nuestra vida y el que hace madurar nuestra psicología.

Debemos crecer y madurar en todos los aspectos de nuestra vida humana y cristiana. Desde la madurez biológica, intelectual, afectiva, hasta la madurez de la fe. Hay ciertas áreas psicológicas donde la maduración es más difícil que en otras, y donde la experiencia de la fe puede contribuir significativamente a la maduración humana.

Por ejemplo, la madurez afectiva. Esta no es fácil de encontrar, y se obtiene a través de un camino largo y arduo, debido a su afinidad con la madurez del amor, y con la caridad cristiana. En este punto, el mandamiento de Cristo al amor coincide con el proceso hacia la madurez de la afectividad.

La madurez afectiva consiste en la capacidad de darse, por sobre la necesidad de recibir. Consiste en la capacidad de aceptar, sin frustrarse ni disminuir la donación, las no-respuestas a nuestros amores y entregas. Consiste

también en una capacidad para ser objetivos y emocionalmente libres ante las situaciones, para tener juicios y apreciaciones justas.

Otra forma de madurez donde también se entrelazan la psicología y la gracia, es la madurez “social”. Esta se refiere a nuestra capacidad de integración y de autenticidad con las diversas categorías de personas, de grupos y de situaciones. El maduro se acepta y acepta a los demás como son; es auténtico sin pretensiones ni complejos. La inmadurez “social”, en cambio, suele revelarse por agresividades, complejos, conflictividad y desajustes.

Decíamos que no basta madurar en un aspecto; es necesario crecer en todos, en un dinamismo donde la psicología y la gracia mantienen su autonomía, pero quedan como dos dimensiones inseparables de la vocación a la madurez y a la conversión cristiana. Por eso es que no se llega a la madurez sobre la ruina de nuestras tendencias psicológicas, sino sobre la orientación y purificación de las mismas. Las tendencias son radicalmente buenas o recuperables, y forman parte de nuestra personalidad humano-cristiana. No se trata de suprimirlas, sino de organizarlas en torno al amor, que es el eje en torno al cual se construye toda madurez.

Hechas estas consideraciones, nos podemos preguntar sobre ciertos síntomas y condiciones psicológicas que caracterizan una personalidad madura, particularmente en su relación con los demás y con la realidad ya que en estas relaciones es donde más se refleja la madurez humana animada por la gracia. La persona humana es la persona que vive de convicciones, y no de impresiones e impulsos. Su personalidad, por lo mismo, está integrada, es coherente: hay coherencia entre su ser y su actuar; entre lo que piensa, lo que hace y lo que dice. Su vida y valores están suficientemente integrados.

Aquí la inmadurez (propia de la adolescencia), es la desintegración y la incoherencia de los valores. No hay continuidad entre lo que piensa, se proclama y hace. No hay constancia. No hay verdadera responsabilidad. Esta inmadurez no es digna de confianza.

La persona madura, conoce sus posibilidades y sus límites. Es realista consigo misma, vive en la verdad, sabe qué puede hacer y qué no puede hacer. Por tanto, sabe decir que no y tiene también el valor de decir que sí.

Cuanto más tenemos el valor de decir que sí o que no, más maduros somos y hacemos un compromiso más válido. Por eso no puede haber compromiso válido donde hay inmadurez. Igualmente en los compromisos con Dios. Es signo de madurez, igualmente, la capacidad de renunciar a valores incompatibles con la vocación personal.

Estamos renunciando permanentemente a valores incompatibles. Uno se comprometió, por ejemplo al celibato en un momento de su vida. Pero esto implica renunciar al matrimonio que es un valor. Hacer esto consciente y

El inmaduro, en cambio, quiere tener todos los valores al mismo tiempo. Escoge uno y lo deja luego para volver a tomar otro, sin proponerse metas definitivas. El maduro sabe que el matrimonio es un valor, y que lo es también el celibato, pero escoge uno u otro según su opción personal, de una manera definitiva. La capacidad de elegir alternativas, pero sin conflictos, sin angustias, es un signo de madurez.

El maduro, es capaz de situarse en un grupo sin sentir que las normas de ese grupo son un atentado contra su personalidad. Esta característica es muy importante en la Iglesia: porque hay gente que pertenece a una diócesis, a una comunidad educativa, parroquial, a una congregación, con la cual no está de acuerdo. Esto los lleva a una crisis permanente y a una especie de sensación de sentirse agredidos y aplastados. Esto es inmadurez. El hombre maduro vive en cualquier institución, en la cual tiene válidos motivos para permanecer, aún no estando de acuerdo en muchas cosas. Sabe que ninguna institución es perfecta, sea civil o religiosa. Pero no se siente abatido, porque tiene capacidad de vivir situaciones ambiguas y provisionarias.

La Iglesia hoy vive en una gran transición en su pastoral, en su vida religiosa, etc. Produce a veces una sensación de ambigüedad. El que no se siente realizado, no culpe a la Iglesia, sino a su falta de madurez, que no le permite sobrellevar situaciones ambiguas.

Esto significa también la capacidad de vivir en situaciones de tensión. Vivimos permanentemente en esta realidad. En nuestro trabajo, en la sociedad, en donde nos encontremos. También puede haber momentos de tensión con una persona, con un grupo, con una norma que no nos satisface. La capacidad de sostenerse en una situación ambigua y tensa sin renunciar uno a sus ideales, pero tampoco sin llegar a situaciones de ruptura con los demás, es signo de madurez.

SEGUNDO GALILEA

Teólogo pastoralista latinoamericano contemporáneo

San Miguel nos en



ña

El amor se encarna. Dios, semejante a una madre que se abaja hasta el nivel de su hijo; viendo el corazón del hombre y el hombre todo vuelto carne, desciende hasta el barro de nuestra carne, y se hace carne como él, para elevar al hombre hasta Dios: *Y el Verbo se hizo carne.* {MS 142}

“Yo soy una nada, sí, pero hombre.

Y mi Dios, que es todo, es hombre.

Dios está en mí por Jesucristo: